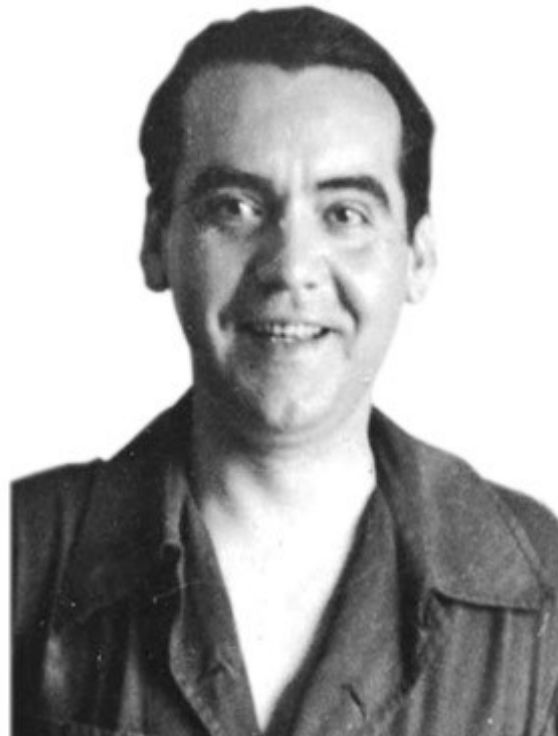


De Lorca, Rivas-Cherif y Otero Seco [III]



De izquierda a derecha, Otero Seco, García Lorca y Rivas-Cherif

Acabamos esta serie de tres entregas con las dos partes finales de Cipriano Rivas-Cherif dedicadas a Federico García Lorca y con la entrevista que el escritor, poeta y periodista Antonio Otero Seco realizó al poeta granadino y que no publicó en aquel momento por deseo de éste, ya que hablaba de próximas publicaciones. La entrevista apareció en *Mundo Gráfico* meses después de su asesinato, en febrero de 1937. Y os presentamos a Otero que, como veréis, realiza un hermero y sucinto autorretrato.

LA MUERTE Y LA PASIÓN DE GARCÍA LORCA (parte II)

Cipriano Rivas-Cherif. *Excélsior*. 13 enero 1957

Falta algo. Y aun algos. Parece ser que cuando Luis Rosales se presentó en el Gobierno Militar de Granada a reclamar la devolución de la persona de Federico, sacado de su casa sin consideración alguna, tal fue su indignada protesta contra el ex-diputado—a la sazón lo era todavía legalmente—, que el gobernador tuvo que salirle al paso y amedrentarle, no rogarle, con castigarle también si no se retiraba inmediatamente y guardaba prudencia.

Parece ser que cuando el hermano de Rosales creyó saber, por decírselo el gobernador mismo, que nada se podía hacer ya, Federico vivía, y que sólo aquella noche se vio el Juicio Sumarísimo en que fue juzgado, digámoslo así, y condenado; por lo tanto, el gobernador militar evitó cuantos trámites y dilaciones pudo haber dado de sí una piedad elemental para salvar la vida del poeta. Parece ser no menos cierto que Luis Rosales sufrió detención unos días y no sé si condena unos meses, por haber intercedido hasta donde un temor tan prudente como comprensible se lo permitió, por Federico su amigo.

Y que el propio señor Rosales, padre de Luis, cuya decisión en contra de la República tampoco se puede poner en duda, hubo de pagar una multa de diez mil pesetas, por haber buscado aquella primera noche de autos, en compañía del padre de Federico, al poeta víctima de tan atroz barbarie.

Luis Rosales no supo qué razón ni motivo darme, cuando a vuelta de tantas protestas de sinceridad como me decía, le dije por despedida: “Si no hubiera estado dispuesto a creerle, no hubiera venido; pero ¿por qué viene usted de embajador de Franco?” Luego de dudar un momento, de bajar la cabeza y levantarla de nuevo, sin desafío, me contesto por toda respuesta: “Eso, sería muy largo de contar.”

Habría que ver el testimonio de sentencia de Federico García Lorca para poder certificarnos del motivo legal que se atribuye a su condena. Acaso no lo haya. De todas suertes, queda en pie esta afirmación valedera: En la llamada guerra civil de España—prólogo de la del mundo, insistimos en ello, y sólo por los errores del mundo—ha habido atrocidades sin cuento. De que es prototipo la muerte de Federico García Lorca. Pero muy raras equivocaciones.

Los que mataron al poeta, sabían lo que representaba, pongamos que hubiera sido a pesar suyo, o por lo menos sin que él se diera entera cuenta de su representación, no por eso menos cierta, y por eso le mataron. Tampoco se equivocaron los que dieron muerte, estúpidamente contraproducente, pero bien a sabiendas, a Pedro Muñoz Seca, representante a su vez de una clase media que le tenía por estandarte de su chocarrera oposición a cuanto la República significaba.

¡Alto ahí! No estamos en paz. No lo podremos estar nunca ya en toda la acepción de la frase, los que estuvimos y estamos en guerra. Pero sobre todo, y en este caso concreto de la muerte de García Lorca y Muñoz Seca, hay una diferencia fundamental, un punto de conciencia, que a mi me redime el alma y a los asesinos se la hunde en su propio infierno. A Muñoz Seca lo mató la hez de un populacho exasperado, sacándolo de la prisión donde el Gobierno de la República creía poder tenerle a salvo, con otros delincuentes de la organizada furia de las patrullas y las checas, insurrectas también contra la autoridad del Gobierno y de sus legítimos representantes, suplantados más de la cuenta por revolucionarios adventicios.

Mientras que a García Lorca se le mató, con un simulacro de juicio legal, con la anuencia y la firma de la autoridad militar, bien que perjura, que por restablecer la que decían ausente de la legalidad republicana, faltaba a los juramentos y conculcaba las mismas leyes en que pretendía ampararse. El crimen de que fue víctima expiatoria Federico García Lorca es, por ello, doblemente monstruoso.

Para que la venganza a que se ha sometido el criterio cristiano de la justicia, sea más evidente en las circunstancias que concurren en la muerte del poeta es precisamente un guardia civil quien lo mata, no un verdugo titulado ni un pelotón de ejecución. No es pura casualidad que Federico García Lorca sea el autor del “Romance de la [Guardia] Civil Española”, que no tiene en su inspiración la intención que ha venido a darle su muerte, como le había dado trascendencia, por sobre la pintoresca compasión de los gitanos, el adscribir el romance, en el ánimo de sus lectores, a la enemiga que el pueblo siente por la benemérita institución, a cuenta de las transgresiones a sus principios en que ha venido cayendo desde que fue fundada.



El autor del artículo del *Figaro* de París, transcrito por *La gaceta literaria* de Madrid, insinúa, sin embargo, un motivo del que nadie, que yo sepa, se había atrevido a hablar como valedero para justificar, aun más atrozmente, la inmolación de García Lorca. El cronista francés llega a decir que a Federico no se le ha matado por ninguna causa política (no, por lo tanto, por los sicarios gubernamentales, ni los fanáticos de la causa española vinculada a Franco, personificador de la Falange, y de las fuerzas reaccionarias en contra de la República). No; sino por “motivos oscuros,” que el cronista no cree necesario, por lo visto, esclarecer.

LUZ EN LA OBSCURIDAD

Se quiere aludir a la misma perversidad de que la hipócrita Inglaterra fin de siglo acusó sañudamente a Oscar Wilde y porque fue condenado a dos años de trabajos forzados de que salió virtualmente muerto, aunque todavía para escribir la *Balada de la Cárcel de Reading*, su obra maestra.

Me aseguran que la especie procede de un pintor famoso (más, como muchas famas, por sus extravagancias que por su pintura), que¹¹ a Federico debe, aparte el genio de su arte, no poco de su inspiración y la dedicatoria de una oda magnífica exposición de una estética.¹²

Cierto que la maledicencia, envidiosa de una amistad que anunciaba triunfante su colaboración juvenil, atribuía la generosa admiración del poeta por su amigo a complacencias “oscuras” de este, valga la palabreja para entendernos. No quiere decir, sin embargo, la tergiversada referencia de la muerte de Lorca por el cronista del *Figaro*, que la de Federico se deba a la sanción legal que supondría la convicción de semejante delito nunca penado en todo caso con la pena capital—salvo en el cuento, desvergonzadamente satírico, del empalado sonriente.

No, sino que la chusma internacional—que Federico rechaza asqueado hasta la náusea en su *Oda a Walt Whitman*, señalando en ella la diversidad de su tipos arrabaleros—y de ella la muy particular de los más bajos fondos de Granada, sin duda, le habría hecho objeto de no se cuál venganza de celos atroces, so capa de vindicación política. Y esto es lo que, al cabo, ha soliviantado, al fin, los pasos de honestidad removidos de la conciencia a la propia mano, por la pluma de Dionisio Ridruejo.

Yo no podía oír desde Ginebra el vocerío de la Radio Nacional de la Falange durante la guerra: pero alguien particularmente encargado de captar cuantas noticias del enemigo en casa, escuchó más de una vez la voz, poco académica entonces, de José María Pemán tachándonos de invertidos, en un mismo trío, a Federico, a Margarita Xirgu y a mí.

En todo caso, es sistema éste de la descalificación, digamos moral, que no sólo emplean con el adversario para desacreditarle en su hombría, o en su consideración social, en la opinión pública, en fin, sino con el amigo que puede estorbarles. A mi salida de la cárcel, me encontré en Madrid, desamparado de su autoridad de inspector de la Falange en el extranjero, a otro conocido escritor, “de muy buena familia,” que diremos con eufemismo más que comprensible para quien conozca la comedia, famosa un día, de Jacinto Benavente. (Otro que tal ha sufrido, alternativamente, la misma imputación de afeminamiento por parte de sus enemigos cuanto la adulación de los afeminados de ínfima categoría, que de su Premio Nobel se ufanan como propio y como si a esa condición se debiera.)

El destituido inspector de la Falange lo había sido por motivos entonces inconfesables, a saber, sus concomitancias y coqueteos con el Servicio de Inteligencia Inglés, y la acusación, creo que infundada, de francmasón, cuando se hacía más necesaria la “neutralidad” española al Eje Berlín-Roma-Tokio. El ministro de Negocios Extranjeros y “cuñadísimo” de Franco, tenía muy de antiguo en su mano muy otra inculpación con que hundir al inspector si se desmandaba. Y la empleó con escándalo. Se le formó un tribunal de honor, ante el que había de responder de la imputación que de homosexualismo se le hacía. No contaban con la huésped: al presentarle al inculcado como piezas de convicción buena parte de desnudos, más o menos en su compañía, no vaciló en señalar, al pedírsele su identificación, la del que más llamaba la atención de los expertos: “Sí señor—parece que dijo—, es el jefe de la guardia mora.”

11. “21” en el original

12. Se trata de Salvador Dalí.



El cuento, como veraz, corría por todo Madrid cuando a mí llegó. Sabido es que los moros practicaban sin pecado el efebismo.

No he relegado a esta oportunidad, ni con el enemigo declarado, el salir por el buen nombre de Federico. Con ocasión del ensayo general de *Yerma* en el Teatro Español, se nos enfadó un periodista, por si ante la insospechada concurrencia, que no esperábamos hasta el estreno, habíamos hecho finta de suspenderlo, y luego de medio desalojado el teatro, dado el ensayo ante unos cuantos invitados.

El periodista no encontró mejor represalia que salirse al día siguiente con una nota insidiosa en que se hacía notar el que se hubiese permitido la permanencia en el teatro sólo a unos cuantos “de esos jóvenes pálidos que no beben vino,” con fácil recuerdo de la afortunadísima frase shakesperiana. Federico al leerlo se me mostró acongojado, aunque gracioso en la viveza de expresión y el tono andaluz con que se lamentaba de acción tan fea.

No le dije nada; pero le leí al día siguiente la carta con que prohibiéndole al sujeto en cuestión cualquier arrepentida invocación a nuestro antiguo conocimiento, ya que no amistad, le advertía que no se le ocurriera volver a presentarse en el teatro.

Le añadía en abono de mi hombría, por si me implicaba en “los amigos pálidos de Federico,” mi ya inveterada rubicundez de bebedor siempre que haga falta y, sobre todo, la inquisición que podía hacer en su propia casa donde su madre y sus hermanas tenían de huésped a una mi excelente amiga; no por otra cosa.

Cual no sería mi sorpresa al verme solicitado a poco de salir de presidio—y a través también de dos buenas amigas—, por un conspicuo falangista y de la policía en tiempos, a cuyas manos, en un registro casero, había llegado aquella mi carta en defensa de Federico. La devolví en prenda de amistad a quien así la defendía contra la insidia. La quemé en su presencia. El destinatario estaba ausente y muy lejos de España. Si no, se la hubiera restituido.

UNA NUEVA MORAL

Margarita Xirgu, que sentía por Federico simpatía, admiración, afecto inequívocos, me había dicho, de algún tiempo atrás, que nuestro gran amigo me tenía miedo. Me eché a reír, más todavía de lo que solía hacerlo con él, aunque a decir verdad había toda una nueva hornada de poetas, de artistas, de estudiantes con quienes Federico departía como uno más—aunque siempre excelente, descollante—, con quienes ya no me sentía tan a gusto como con mis habituales contertulios de una mesnada, que pudiéramos decir mejor que generación, de una quinta militar, de una promoción, un poco anterior. Hasta entonces me había divertido siempre más la compañía de los más viejos que yo.

Margarita me lo explicó en pocas palabras: Federico me tenía un cierto respeto temeroso por la franqueza de mis burlas para con otras gentes incluso respetables o que por tales se tenía comúnmente. Según ella, no se mostraba conmigo con toda la espontaneidad de que era infantilmente capaz. Pensando en lo que Margarita, cuya sagacidad era naturalmente pareja de su intuición artística, me advertía, caí en la cuenta de que no hacía mucho, como me invitara García Lorca a la Residencia de Estudiantes a una lectura de *Los títeres de Cachiporra*, concurrieran a ella unos cuantos muchachos, los más de ellos en traje de fútbol, porque sin duda volvían de jugar. Se vio obligado ante la bulla y algazara que movieron casi todos, a cuenta de un compañero, a quien por la ventana se veía en trance de secarse de la ducha que acaba de darse, a interrumpir lo que nos estaba leyendo, y conminarles, no sin participar un momento en sus risas y bromas, a que nos dejaran si no les divertía escuchar.

El que yo no me sumara a la curiosidad por el bañista, y ajeno a aquella camaradería un tanto descarada, me retrajera del pequeño alboroto, junto con el silencio que para el propio Federico me impuse de todo comentario, fue, sin duda, el motivo de que nunca me hubiera hecho confidencias que tampoco tenía por qué hacerme, dado que las circunstancias no las habían favorecido, ni las autorizaba una convivencia mayor de la que nuestro trato permitía; pero yo entendía muy bien la desbordante expansión de Federico, tras de la cual el pudoroso recato de lo que reservaba para una intimidad compartida.



Aquel ataque personal, por el ensayo de *Yerma* y mi particularísima defensa sin mayor escándalo, me hicieron, cuando llegó la ocasión, merecedor de una confianza, desesperada hasta cierto punto, por la inesperada oportunidad que la produjo; pero no por eso menos de agradecer por mi parte; precisamente porque ninguna pasión pasioncilla, ni otro interés que el de descargar el ánimo con un amigo, sin prurito médico, ni propósito sacerdotal, simplemente lo que se dice amigo, le llevaba a decirme lo que me dijo; que no he publicado hasta ahora, sino en la intimidad también de quien quisiera entenderlo y que ahora publico, a petición del editor responsable de esta hoja, porque cree conmigo que no hay por qué acallar con la prudencia y el disimulo, la verdad que no por resplandeciente hiera.

Es llegada la hora de que las gentes de buena fe y mejor voluntad no añadan al escándalo de la indefensión de los inocentes, el insistente agravio de la cobardía en daño de su opinión. No hace muchos días que un poeta a que se puede, yo sobre todo, contar todavía entre los jóvenes, Juan Rejano, ha dado preciosa conferencia sobre “Federico García Lorca a los veinte años de su muerte.”

Tocó en ella los puntos esenciales de su arte poético, y apuntó su calidad social, los motivos de su inspiración, la causa general a que se adscribe su lirismo, hasta la muy particular y no tan comprensible, me parece, para tan agudo y cordial comentarista como para mí, de la *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*; pero pasó como sobre ascuas por la *Oda a Walt Whitman*, de la que apuntó sin nombrarla unas líneas y sí luego de mencionar los *Sonetos del amor oscuro*, no publicados hasta después de su muerte en sus obras completas, el conferenciante señaló en la alegría estentórea—lo era su risa—de la camaradería de Federico, el fondo dramático y aun trágico, transparente en su poesía, se detuvo en los puntos suspensivos, conque aludiendo a una angustia capital en su vida, la eludió al cabo sin darle nombre conocido ni diagnóstico preciso.



No era precisamente angustia metafísica, ni mucho menos conciencia de un pecado nefando, del que no pudiera a su pesar desprenderse. No, sino ahogada alegría, con que se entregada a una pasión que la moral imperante, en la sociedad que vivimos, condena en la letra de sus preceptos y en el convencionalismo normal de los unos y costumbres admitidos como sanos. No es una opinión derivada de su lectura o de la observación de su conducta. Es la explicación que saqué de lo que hablamos, casi por última vez, y que sellaba una confianza, repito, una mutua comprensión, basada precisamente en las diferencias que nos separaban y no en afinidades que por igual nos separasen a él y a mí del común sentir y obrar de las gentes.

Al acudir una tarde a prima hora, como todas, al teatro Palace, de Barcelona, donde ensayábamos la nueva versión escénica, conforme la quería Federico—diferente de las que habían dado la Compañía Díaz-Collado y la de Lola Membrives—, Margarita Xirgu, extrañamente nerviosa, me instó a que buscara al autor. Insistía yo en esperarle, porque nunca se retrasaba mucho, y Margarita, a su vez, me conminaba a que dejando yo todo quehacer en el ensayo fuera sin demora por Federico.

No acertaba a explicarme el desasosiego de nuestra amiga y primera actriz; pero no dejaba de inquietarme tampoco, porque en más de una ocasión las previsiones de Margarita, rayanas en la alucinación, le habían advertido, y a todos nosotros, de la inminencia de algún peligro o trastorno de nuestra tranquilidad habitual.

A Federico le había dejado yo, entrada la madrugada, luego de improvisada fiesta, en compañía de otros amigos, habituales compañeros de inocentes parrandas, como Juan Tomás y Guasp, con quienes más de una vez he recordado en México aquellas veladas descuidadas de Barcelona. Habíamos estado en casa de “Juanito el Dorado,” establecimiento pintoresco, en un patio rodeado de alta galería, donde precisamente nos acomodamos, sede del cante y baile andaluz, en competencia, muchas veces ventajosa, con la taberna o colmado de los Borrull.





A poco más de la medianoche, cerró la puerta el dueño en honor nuestro y se improvisó, con las artistas, sus acompañantes y los amigos que con nosotros iban, uno de los espectáculos de cuantos Federico, cuando se hallaba en vena, reservaba estrepitosamente alegre, a la camaradería amistosa. Cantaron y bailaron, acompañados de buenas guitarras, las gentes de la casa los estilos que cantaores y bailaores de cepa guardan para el buen catador; y Federico con ellos, improvisó como tantas veces en la variedad de su repertorio propio y ajeno, de canciones antiguas, remozadas y transcritas por él y sobre todo, lo que jamás supo hacer para un público de pago en los teatros (donde apenas si la Argentinita, cuando asesorada por Ignacio Sánchez Mejías en su última época, acertaba a interpretar para un público, siempre por numeroso y heterogéneo, menos sensible), el inefable regocijo de su gracia personal con que se regalaba y regalaba, en uno de los mejores teatros de cámara que me haya sido dado ver, a los amigos que él sabía tan gustosos de aquel arte sin par; porque añadía a la redicha espontaneidad de los gitanos y flamencos, la distinción inequívoca de su personalidad incontable.

Yo le había acompañado, ya con las luces de la mañana, cuando los puestos de libros de la Rambla cambiaban la literatura pornográfica por los devocionarios y estampitas del público de la primera misa, hasta su alojamiento del hotel Majestic. No podía extrañarme que se hubiese quedado dormido; sí el que Margarita, a pesar de mi explicación, siguiese acuciándome para que le buscara, temeroso de no sabía qué presentimiento.

Tampoco me preocupó no hallarle por teléfono en el hotel. Y como me fuera a dar una vuelta y tiempo al tiempo en que pudiese llegar al ensayo, me vi sorprendido al entrar en un café al paso, por la figura de Federico, como ensimismado, de codos en una mesa, y mirándome desvaído, sin verme, al acercarme presuroso.

Estaba como loco. Era otro, que nunca hubiera sospechado en él. Al primer silencio con que contestó a mi pregunta, en que quise, ya muy malamente, disimular mi inquietud con el reproche por su tardanza al ensayo, sucedió la impaciencia por lo que él estimaba voluntario desistimiento, por mi parte, de darme por enterado.

Cuando se convenció, no sin esfuerzo mío, de que no tenía la menor referencia de lo que quería que yo supiese sin decírmelo, tampoco supo decirme, sino de buenas a primeras:

—No ha ido a casa en toda la mañana. Se me ha ido. ¡Y eso sí que no!

Logré, con insistir en mi inocente ignorancia de cuanto tampoco podía comprender Federico que yo no supiese que se desahogara contándome lo que le pasaba.

Es verdad que había advertido (y ahora que él me lo decía me daba cuenta de lo que podía significar para Federico) que un muchacho, de sus discípulos y ayudantes de “La Barraca universitaria” que con nosotros había estado en casa de Juanito el Dorado, al salir y sin despedirse, se había marchado con una de las gitanas de aquella tribu artística. Yo no le había dado mayor importancia, tanto más que Federico nada dijo en consecuencia, en nuestro camino hasta su hotel, donde yo no sabía que desde la llegada del guapo mozo—porque lo era—, al parecer para preparar la excursión de “La Barraca” a Barcelona, estaba alojado con él.



Contado por lo menudo, sin la voz, el gesto, en que se pintaba la más angustiada desesperación de Federico, aquella su íntima tragedia, puede parecer indecente. Oyéndola, nadie hubiera podido resistir a la compasión—en el verdadero sentido de la palabra, no a la lástima conmisericable—que inspiraba su relato. En abono del cual me mostró, ostentosamente violento, un paquete de cartas, que hojeaba rápidamente, en mucho menos que se cuenta y mucho menos que se escribe, señalándome con la seguridad de quien los tiene de memoria de tan releídos, los pasajes ejemplares de la traición a la amistad más infeliz de cuantas su imaginación aducía en abono y descargo de la suya dolida.

Había conocido a su amigo, por una carta espontánea de joven admirador al poeta del *Romancero gitano*. La segunda muestra epistolar que me enseñó denotaba la inocente sorpresa de quien no suponía la irregularidad del sentimiento que su sola presencia había causado en el ánimo de Federico. Unas cuantas pasó por alto, hasta dar con otra en que se resistía el estudiante a creer que no fuese burla injusta el desborde de una amistad que el poeta le ofrecía, insinuándole una pasión increíble. Al caso de una resistencia en que el muchacho se defendía de la para él insospechada culpa hasta entonces, del efecto de su ingenua admiración por el poeta, quien a su vez parecía ganado por la extrema sensibilidad con que el nuevo lector se le antojaba superior en entendimiento a cuantos pudiera haberle valido la publicación del libro famoso luego, el rendimiento a la evidencia, en su ánimo también, de un sentimiento nuevo, que si le había puesto en confusión, le descubría una correspondencia inédita, y no ya sólo espiritual, con quien le hacía objeto de una inspiración, que él había creído procedente de veneros más claros a sus ojos y a su conciencia.

Por último, la satisfacción completa el deliquio amoroso. Y todo ello, respondiendo con simplicidad sin mezcla de lo que, a no sublimarlo la poesía de Federico y la declarada entrega, parecería vicio infame; respondiendo con alegre sacrificio—que ya no se le hacía tal—a la gloria que suponía para su contento, un destino, que tampoco era ya infausto después de vencido todo escrúpulo por el rapto del entendimiento a merced del gusto de ser modelo vivo de un ideal, hecho verbo y carne sensual y sangre de amor en los versos de Federico.

—No me digas que no lo sabías. ¡Tú que te enteras de todo y todo te divierte!

Me aseguró que no había conocido ninguna, con ser tantas las que de continuo le rodeaban, gustosas de su compañía, halagadas con su trato, enamoradas. Federico era lo que se dice fascinante. Le salí al paso nuevamente, procurando llevar la gravedad de la conversación a la salvedad del buen humor:

—Eso sí que no te lo creo aunque me lo jures gitano, por los vivos y los muertos.

—Yo no soy gitano, soy andaluz, castellano colonizador de Andalucía. Y no he conocido mujer.

—Bueno, riéte, aunque sea de mí. Pero ¿cómo me vas a convencer de que tú, uno de los hombres más curiosos del mundo, que lo eres como motivo de curiosidad para todo el que busque lo extraordinario y como curiosísimo tú mismo todo cuanto el mundo nos ofrece, te has privado de la mitad del género humano?

—¿No te has privado tú de la otra mitad?—me respondió rápido—. Lo que pasa, si es verdad lo que me dices, es que eres tan anormal como yo. Que lo soy en efecto. Porque solo hombres he conocido; y sabes que el invertido, el marica me da risa, me divierte con su prurito mujeril de lavar, planchar y coser [,] de pintarse, de vestirse de faldas, de hablar con gestos y ademanes afeminados. Pero no me gusta. Y la normalidad no es ni lo tuyo de conocer sólo a la mujer, ni lo mío. Lo normal es el amor sin límites. Porque el amor es más y mejor que la moral de un dogma, la moral católica; no hay quien se resigne a la sola postura de tener hijos. En lo mío no hay tergiversación. Uno y otro son como son. Sin trueques. No hay quien mande, no hay quien domine, no hay sometimiento. No hay reparto de papeles. No hay sustitución, ni remedo. No hay más que abandono y goce mutuo. Pero se necesitaría una verdadera revolución. Una nueva moral, una moral de la libertad entera. Ésa es la que pedía Walt Whitman. Y ésa puede ser la libertad que proclame el Nuevo Mundo: el heterosexualismo en que vive América. Igual que el mundo antiguo.



LA MUERTE Y LA PASIÓN DE GARCÍA LORCA (parte III)

Cipriano Rivas-Cherif. *Excélsior*. 27 enero 1957

Una vez tranquilo y recobrado el humor defensivo que parecía haber perdido, continuó dándome y dándose los motivos y razones que le justificaban ante sí mismo: —Esta fuerza apasionada de la amistad, la tengo desde muy chico. Antes de eso que se llama el uso de razón. Cuando iba todavía a “La Amiga” (la escuela de párvulos, que en tiempos de Góngora era sólo de niñas: “Hermana Marica—mañana que es fiesta—no irás tú a la Amiga—ni iré yo a la escuela”). Cuando iba todavía a la “Amiga,” le tomé tanto cariño a un chiquillo un poco más pequeño que yo—y yo no tenía cumplidos los siete años, que estuve a punto de tirarme de la torre de la Vela abajo, porque se fueron de Granada a un pueblo los padres del niño y se lo llevaron, claro, con ellos, dejándome sin compañero. Sin compañero de juegos, exentos de la menor picardía, ni intención del sexo inocente. Pero yo le prefería entre todos.

Me gustaba acapararle, separarle de los demás y que jugase sólo conmigo. Después, cuando me he podido dar cuenta de mis preferencias, he sabido hasta que punto lo que me gusta es eso que le dicen “pervertir”—y se interrumpió con una risa en que no había asomo de perversión—de pervertir a los jóvenes que ya saben lo que se hacen, y sobre todo, mejor cuanto más hombrecitos. Y volvía a reírse sin maldad, de sí mismo, de la falsedad de tanto pacatería como se asombra y convierte en vicio nefando lo que él estimaba una expansión tan natural como tantos connubios de hombre y mujer que, tenidos por naturales o disculpados por lo menos, participan de todas las abominaciones de la sensualidad más pervertida.

Pero en las aficiones amorosas de Federico no había maldad. Su ternura, su afecto por los niños no tenía el menor asomo de confusión del sentimiento, y con los niños se entendía en una perfecta comunión de dos inocencias, como descargada la suya de toda contaminación perniciosa. Recuerdo la ilusión con que mi primer hijo, que apenas tenía tres años, escuchaba por teléfono la voz de Federico, haciendo de “perrito,” un perrito que hablaba, y que decía tener en su casa, para maravilla del chico, a quien tardó años en borrarle, con recuerdos menos placenteros, o más propios en todo caso de cada edad, la primera memoria de aquel gracioso engaño.



En cuanto al gusto, de su trato con las mujeres—tenía excelentes amigas— en que, a creerle, no hubo nunca la menor intención sensual, atribuía la frigidéz de sus emociones con ellas al respeto innato que acompañaba, sin duda en el substrátum de sus recuerdos infantiles, el de su madre, saltando de la cama junto a su cuna para atenderle si se despertaba. A esto ya le respondí, para acabar, tranquilizándole del todo, la confianza tremenda de aquella tarde en que acabamos los dos faltando al ensayo:

—Esto sí que ya no es intuición tuya. Lo has leído, mucho tiempo después, en una traducción de Freud.

Se rio, por fin, junto conmigo.



AMOR Y AMISTAD CONFUSOS HASTA DESPUÉS DE LA MUERTE

He aquí un título que hubiera convenido al prurito lopesco de Federico en esta apurada realización que hago de su vida, tal como por él mismo me fue revelada aquella tarde de su primera y última confidencia para conmigo. Acabé de tranquilizarle, repito, con la seguridad de que el joven amigo en que se complacía tan enteramente, volvería a él sin mucha tardanza. Ni podía achacar a veleidad, ni menos a traición, el que divirtiera con una gitana la segura insatisfacción que la exuberancia viril de su mocedad había de encontrar siempre, en el goce incompleto, por muy aventurado y novedoso que su apasionada amistad se lo diera, en la materialización corporal de su verbo hecho carne demoníaca, en la espiritualización poética de los más insensatos ardores de la libido.

Y poco que el propio Federico se hubiera reído—la risa era en él desahogo más propio que el de las lágrimas ante la contemplación de sí mismo, no digamos del mundo en torno suyo—poco que se hubiera reído viéndome debatirme con el circunloquio y el vocablo técnico, con la perífrasis y el rodeo pedantesco—literario, para dar una idea, desvaída, lejana, de la simplicidad popular con que hablando lisa y llanamente expresaba él con limpidez extraordinaria—los sentimientos que la fuerza de las conveniencias hace oscuros al escribirlos literariamente; sin que, por otra parte, la libertad de expresión del pensamiento que se tiene por una de las conquistas del mundo moderno, sea literalmente valedera, ante la continua cortapisa que la normalidad de la conversación pone a la libérrima exactitud con que nos entendemos en privado—quiero decir en confianza—y con la misma precisión sin eufemismos del pueblo, al hablar lisa y llanamente y sin los subterfugios de la buena educación o las reservas del bien parecer. Ese encanto que en la literatura de Federico, como en la de Valle-Inclán, trasciende de la premeditada confusión del regusto clásico, pedantesco incluso, del énfasis latino y griego, del hipérbaton académicamente elocuente, con el desgarró contundente del vocablo propio, de la palabrota, traductora del sentimiento preciso y sin ambages, que Cervantes hallaba demasiado humano en los pasajes de *La Celestina* y que nosotros achacamos al mismísimo autor del *Quijote* cuando de referirnos se trata a las fuentes más puras, para justificar nuestra libertad de expresión por medio del lenguaje más desnudo posible, como es el del pueblo inocente de literatura; no el populacho arrabalero, pseudociudadano, gustosamente influido, no ya de los corridos y romances; de los boleros propios para limpiabotas y sus coimas de esquina.

De allí a pocos días, y en los preparativos ya del viaje de la Compañía a México, me dijo Margarita de buenas a primeras que había que contratar a R.—el muchacho amigo de Federico. Ya se lo había dicho al gerente, hombre discretísimo y excelente administrador que como propios servía los intereses de la empresa. Me permití protestar: ¿Contratar a R.? ¿A santo de qué? Margarita insistió: Federico nada le había dicho a tal propósito; pero ella sabía muy bien que Federico no vendría con nosotros si no nos acompañaba R. y ella quería que Federico viniese, como nos lo tenía prometido. Al fin y al cabo, R. trabajaba con Federico en “La Barraca” estudiantil. Podíamos agregárnosle de actor, de secretario, de carpintero, cualquiera que fuese el pretexto, le parecería bien a ella con tal de no privarnos de la asistencia personal de Federico en nuestra excursión.

No hubo manera. El muchacho estaba por terminar no sé qué carrera de ingeniero, me parece, e ignorante su padre del motivo de nuestro deseo de traérnoslo, aunque no ponía mayor empeño en disuadirle de “La Barraca” estudiantil aunque le pareciera que más le distraía de sus estudios que le ayudase en ellos, no le dio la autorización que necesitaba para el viaje. Federico, pretextando que tenía que terminar, precisamente para Margarita, la *Bernarda Alba* y que apenas la terminase se vendría con nosotros, a reunírse nos en México, se quedó en España. Margarita no se consoló de aquella defección y no había día en que no nos instase a que lo hiciésemos a Federico, ya desde La Habana, y a nuestra llegada aquí, recordándole su promesa.



Diez años después, al salir de los presidios de Franco, quise inquirir en Madrid qué había sido de R. Estaba certificada su muerte en campaña, del lado del Gobierno de la República. Contra los asesinos de Federico. No he podido comprobar la exactitud de una relación legendaria, según la cual, desesperado al saber su muerte en Granada, se habría alistado voluntariamente en el ejército. Me contaron de cómo un día, al cabo, saltó de la trinchera en que estaba, diciéndole al compañero que tenía al lado: “Voy a que me peguen un tiro.” Y que dicho y hecho, de la trinchera enemiga y próxima le dieron el que se lo llevó con Federico.

Respetemos la memoria, tan ejemplarmente diversa de la de Douglas para con Wilde, de quien sobre todos los llantos, de su madre al último de sus amigos, que hasta en el tiempo lo soy yo (al padre lo mató la lenta gravedad de la pena), no quiso sobrevivirle, huérfano de razón ni motivo en que poder sostener la inanidad de una vida, avocada a más tremenda amistad que la de Cástor y Pólux, espejo de los siglos y las generaciones.

SEXO Y CARÁCTER EN LA POESÍA Y EL DRAMA DE GARCÍA LORCA

De 1911 data mi primera lectura en Italia, donde acababa de publicarse traducido del original alemán, el libro de Weininger *Sexo y carácter*. Su autor, por ese solo libro famoso, era un joven médico austríaco, llevado al estudio de la psiquiatría por la misma propensión homosexual que lo indujo a la desesperación del suicidio en plena juventud. Weininger fue, pues, precursor de Freud, Adler y sus seguidores, opositores y más o menos discípulos poetas, novelistas, filósofos en la investigación de las llamadas anomalías sexuales. El punto fundamental de la teoría expuesta en *Sexo y carácter*, es el de que la diferenciación sexual del feto en los primeros meses de la gestación persiste larvada aun en la madurez del ser humano, con acusadas proporciones en las edades críticas de la mujer y el hombre. Ello quiere decir que el varón o la hembra, perfectos, no existen en la especie humana; ni en los seres de la especie animal cuyo instinto parece más asequible a nuestra sensibilidad. Esa indiferenciación justificaría en cierto modo la confusión del objeto amoroso que constituye el motor principal, la inspiración de la creación artística. Paladinamente en la antigüedad clásica y en la época más inequívoco de su Renacimiento: la que estamos viviendo, agravada por el reconocimiento científico de la subconciencia en la complejidad de la vida fisioanímica.

Dante en *Vita nuova*, el Petrarca en sus sonetos, colmaron a su Beatriz, a su Laura, de cuantas perfecciones inefables de su deseo. Más o menos conocidas a tenor de la celebridad de su cantor, nombre sabido tienen muchas musas vivas de nuestro mundo más presente: la Teresa (con apellido de Mancha) de Espronceda, Francisca Sánchez de Darío, la Amada Inmóvil del Amado Nervo, Zenobia Camprubí de Jiménez, concreta, desde el *Diario de un poeta recién casado*, en las previsiones, menos evidentes al lector, de su inspiración más abstracta. Particularmente curiosa por la inanidad de su sentimentalismo, la musa autobiográfica de María de la O. Lejárrega de Martínez Sierra, al prestar a su marido, a cambio del nombre literario, la dedicación que a sí misma se hace en *La casa de la primavera* de los poemas hogareños que su imaginación le miente, puesta en la pluma que él nunca usó.



No sé de ningún poeta que como Oscar Wilde en su novela poemática del *Retrato de Dorian Gray* declare tan evidentemente su dedicación a otro hombre, por más que efébo y hermoso. Los sonetos famosos de Shakespeare, no está del todo demostrado ni mucho menos que fueron inspirados por la pasión homosexual.



No hay en la poesía de García Lorca, en todo el proceso de su desarrollo, la menor alusión concreta a la pasión de que se le acusa como nefanda. Tampoco a ninguna mujer. Ni, pese a todo lo que me contó y he contado, llegó a tomarle el amor desvariado tan fuertemente y por un solo amigo, como para desvirtuarle de su pasión verdadera: la poesía. Todo en él era poesía: no muy bien parecido de cuerpo—un tanto rudo y tosco—demasiado acusadas las facciones del rostro, más de campero que de gitano—y ya he dicho hasta qué punto los compadecía, sin rebajarse, a la condición de calé, raza, por perseguida, en que todo engaño tiene acomodo, y él era la alegre verdad de la risa—había sabido concentrar en la luz de sus ojos oscuros la fuerza de atracción de una mirada inolvidable. Un dolor como de presentimiento, sí, templaba de melancolía la gracia de su expresión. Extremadamente sensual por naturaleza, “la luz del entendimiento” le hizo comedido, conceptuoso, no obstante el aparente barroquismo de las imágenes poéticas en que concitó sus romances, sus canciones, sus kasidas, sus sonetos, sus odas, el lirismo de sus dramas. Salvo alguna dedicatoria personal cuya trascendencia al concepto general del dolor, de la amistad, del amor, de la exaltación de la hermosura o la gracia pasajeras, es siempre mayor que la del sentimiento particular que la inspira, no hay en la poesía—siempre dramática— de García Lorca, biografía de ningún apasionamiento musaico. Y por mucho que el sexo le llevara al goce material del sentido más fuerte, lo era mucho más la cerebración, incluso inconsciente, de sus inclinaciones y deseos, sublimados, por decirlo así, en una deformación de la mente, en un apuramiento de la sensibilidad, que agudizando una y otra, corregía el sentimentalismo del abandono con la certeza de la posesión, y la impasibilidad de la autodisección, con la propia entrega a la ventura y el azar del descubrimiento, de la comprobación, del designio, cumplido, de la conquista, del dominio personal.

De ahí que la raíz popular de su canto trascienda, desde los primeros balbuceos de su poesía, a concretar en imágenes extremadamente sensuales, cargadas de contemplaciones, de rumores y músicas, de olores, de acideces y dulcedumbres, de temblores, de contactos, de suavidades de piel, a concretar digo, en elucubraciones, difíciles necesariamente a primera vista, las abstracciones de una razón poética, que como todo panteísmo artístico no es asequible por el simple discurso, sino por una intuición similar a la del poeta, flotante en el ambiente de la época.

Como Góngora, más que como Lope, García Lorca se alimenta de dos corrientes que pretende unir en un solo cauce (las mismas de las letrillas y romances tradicionales, y del *Polifemo* y las *Soledades*). Modernamente, aunque el acuse de su personalidad se manifiesta luego diferente, procede, como todos los poetas hispánicos de este siglo quiéranlo o no, confirmados o renegados de su bautismo, procede de Juan Ramón Jiménez.

No es cierto, ni mucho menos, que el éxito de su *Romancero gitano* y más después de su muerte que en vida, de su teatro, determinarían en él sometimiento alguno al gusto del público en general. Por el contrario, se esforzaba en una expresión que por más intencionadamente exacta, propendía cada vez más a lo abstracto y aun a lo abstruso.

Cierto que no había procurado el estreno ni la publicación de dramas como *Así que pasen cinco años* anterior a *Yerma* y *Rosita la soltera* y al más logrado, sin duda, en el favor vulgar, de *Bodas de sangre*. Sé muy bien hasta qué punto tenía preferencia por el primero, en punto al ensayo desde la escena de una proyección, propiamente dramática, de esa confusión de razón y sentimiento, de conciencia y subconsciente, tan característica de nuestro tiempo. No sé que se haya representado sino en inglés y por algún grupo universitario o de escuela teatral, norteamericano. En castellano, solo se ha dado una vez proyectado en televisión. El mismo me dijo no entenderla del todo; por lo que la representación adoleció, necesariamente, de falta de entendimiento por parte de los actores, y, por consiguiente, del público. Tentado he estado más de una vez de organizar su representación, fiado en la confianza que en mí tuvo Federico al confiarme la dirección de los estrenos de *La zapatera prodigiosa*, *Yerma*, *Rosita la soltera* y, lo que es mucho más, el de la revisión escénica, no del texto pero sí de su interpretación, de *Bodas de sangre*, que anteriormente habían hecho, no muy a su gusto, las compañías de Pepita Díaz—Manuel Collado y de Lola Membrives. También me estaba destinada *La casa de Bernarda Alba* con Margarita Xirgu. Aún estaba yo en un presidio de Franco, cuando se dio en Buenos Aires por cierto, con una magnífica *Cantata* de Alfonso Reyes, puesta en música por Pahissa.



Pude darme el triste gusto de ponerla al fin en Puerto Rico, y dar con ello ocasión al descubrimiento para mí de una gran actriz, desconocida para quien no haya tenido oportunidad de pasar y verla en su isla encantada: Mona Marti. Ya no llegué a tiempo de ver en México la interpretación de Virginia Fábregas; sí la muy buena—de las mejores que me ha sido dado comprobar—de María Teresa Montoya.

SEGUIRÉ TRABAJANDO CON FEDERICO

Innumerables son los que se dicen colaboradores de García Lorca en “La Barraca” estudiantil, donde no accedió nunca a poner ninguna de sus obras, pensando que el carácter universitario de aquel ensayo le atribuía una intención preferentemente clásica. Mi colaboración con Federico data del tiempo, inmediatamente posterior al estreno de *Mariana Pineda*, en que yo tenía, con otros escritores y artistas, como Magda Donato, más desinteresados entonces que después muchos de ellos de todo profesionalismo corruptor, la compañía que llamábamos del “Caracol” en la Sala Rex de Madrid. A punto ya de estrenar allí *Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín* nos fue prohibida y cerrado el teatro por la dictadura del General Primo de Rivera, inculpados de no haber guardado luto por la muerte de la reina madre de Alfonso XIII doña María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Después de haber presentado en el Español la compañía de bailes de la Argentinita, y a requerimiento de ella, me instó a Federico a que la hiciéramos un “ballet” sobre un cuento que me contó como rigurosa tradición del Cristo de Moclín, cercano a su pueblo, y que daba por absolutamente cierta—como siempre que inventaba—hallaba—alguna de sus imaginaciones tan cargadas de realidad. Así hicimos *La romería de los cornudos*, a que puso música Gustavo Pittaluga con decorado de Bartolozzi, que se estrenó en Madrid en 1935, y después en Norteamérica, por la Compañía del Ballet de Montecarlo, con escenografía de Junyent y coreografía de Pilar López.

Me contó luego como proyecto de un drama para la graciosa actriz andaluza Carmen Díaz, *La bestia hermosa*—sucedido también, a creerle, en su pueblo, y que yo he traducido a su memoria y de memoria, en la cárcel primera donde estuve, en un romance trascendente a mito andaluz. Y por último, con el proyecto de *El público*, de que aparecen breves fragmentos en sus obras completas, y no una escena que por lo visto, no llegó a escribir, en que uno del público de lunetas mataba de un tiro a un espectador de la galería, a quien recogían los personajes de Shakespeare que estaban ensayando en el escenario y al escenario entraban, por el patio de butacas, cargando “el cadáver del obrero asesinado,”—contó asimismo dos otros proyectos de que no veo rastro en los apuntes póstumos de él publicados, y que algún día pienso ofrecer también al recuerdo vivo de su amistad, en sendos dramas: el uno con el título que él me dio, de *La sangre no tiene voz*, traducción en un suceso real, de uno de sus amigos menestrales de Barcelona, de quienes me había hablado sin hacerme compartir su amistad y que viene a ser trasunto moderno del “Romance de Tamar y Amnón”; y el que me parece más particularmente interesante y, por la referencia apuntada anteriormente, que nadie mejor que yo para intentar llevar a cabo su intención, de *La bola negra*.

—Voy a escribir un drama realista. Como los de Linares Rivas. —Y me contó, riéndose, la primera escena:

“Una capital de provincia. Un señor tras de una mesa de despacho. Llama al timbre y entra un criado:

—Que venga el señorito.

Entra su hijo:

—¿Qué quiere decir esto que sé? —Y el padre muestra a su hijo una carta.



—¿Qué te has presentado pretendiente a socio en el Casino, y te han echado bola negra. ¿Por qué?

—Porque soy homosexual.”

—¿Qué te parece para empezar? —volvió a reír con estrépito.

—Que no lo escribes—le contesté—. A ti, te pedirán siempre ya “dramas poéticos.”

LAS CIEN PEORES POESÍAS

Dimos en lo que era o no poesía. Sería cosa—le dije yo—de recoger las cien peores de la lengua castellana.

—¿Vamos a hacerlo? Y pondrás la primera: “La casada infiel,” ¿no?

Al *Romancero gitano* y particularmente “La casada infiel” le tenía ya verdadero asco. Por culpa de sus peores divulgadores, los recitadores y ¡ay! las recitadoras de profesión.a

Le dije que sí. No porque “La casada infiel” fuera mala poesía, como también lo fue buena “Las obscuras golondrinas” de Bécquer, mientras no trajo la peste, con música y todo, de sus imitaciones.

Ya estoy en trance de hacer la colección, tal y como la planeamos: en tres partes, a saber: a) “La madre patria.” Con los poetas españoles más culpables. b) “América virgen y mártir.” Y c) “Las faldas del Parnaso,” en que se incluye las poetisas y los curas.□

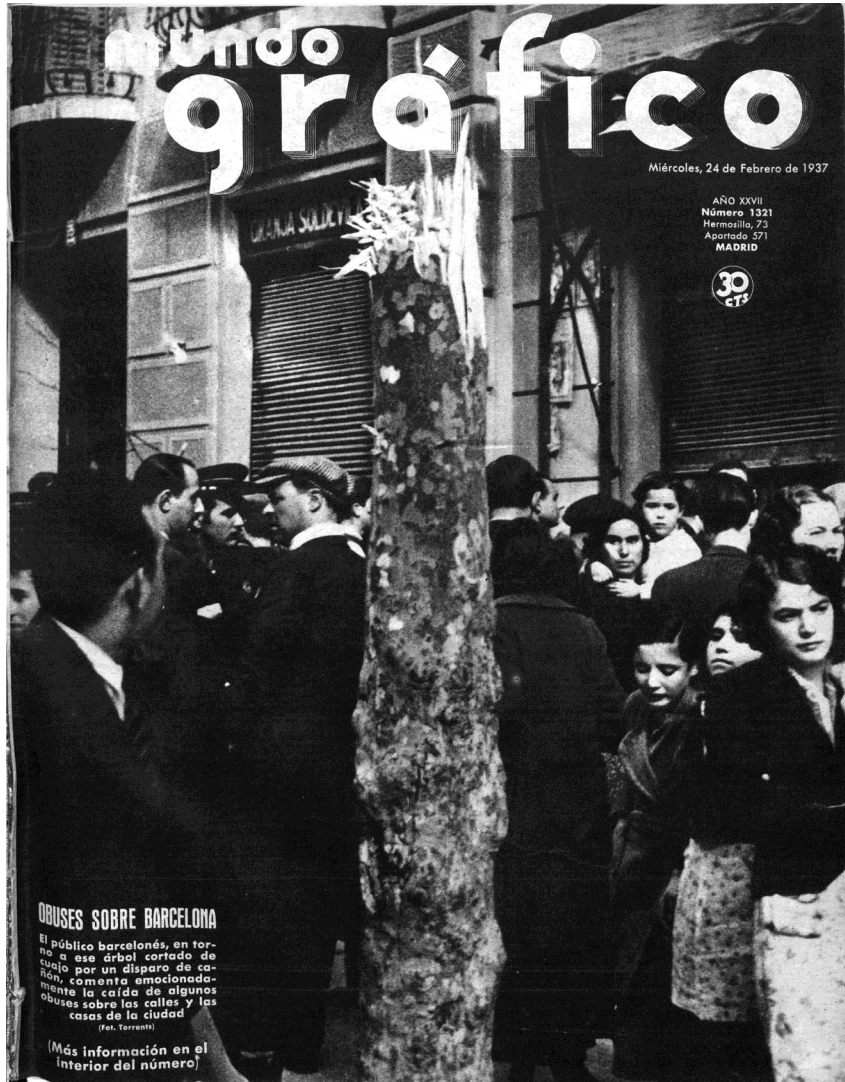


Federico García Lorca, Margarita Xirgu y
Cipriano Rivas-Cherif



Una conversación inédita con Federico García Lorca

Antonio Otero Seco. *Mundo Gráfico*. Madrid, 24 de febrero de 1937. página 10.



Aún se resiste uno a creer en la evidencia de la muerte del gran poeta Federico García Lorca. El corazón, que no entiende de razones, se niega a aceptar como cierta una noticia que, desgraciadamente, no lleva camino de ser rectificada. Y, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, se van perdiendo los últimos asideros de esperanza, hasta desvanecerse totalmente.

Pocos días antes de la marcha de García Lorca a Granada tuvimos ocasión de hablar extensamente con el gran poeta. Por entonces quedó inédita aquella conversación, por propio deseo del ilustre autor de *Yerma*. Hoy ya no hay por qué callar lo que nos dijo. Mucho más cuando en aquella conversación está el índice de toda la labor terminada y comenzada, inédita hasta ahora. ¿Testigo de aquella conversación? Su abogado. ¿Su abogado? Sí. Porque Federico García Lorca tenía por aquellos días un pleito muy curioso, que hasta ahora no ha trascendido al público.



Una conversación inédita con Federico García Lorca

Índice de las obras inéditas que ha dejado el gran poeta

A UN se resiste uno a creer en la evidencia de la muerte del gran poeta Federico García Lorca. El corazón, que no entiende de razones, se niega a aceptar como cierta una noticia que, desgraciadamente, no lleva cambio de ser rectificada. Y, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, se van perdiendo los últimos asideros de esperanza, hasta desvanecerse totalmente.

Pocos días antes de la marcha de García Lorca a Granada tuvimos ocasión de hablar extensamente con el gran poeta. Por entonces quedó inédita aquella conversación, por propio deseo del ilustre autor de *Yerma*. Hoy ya no hay por qué callar lo que nos dijo. Mucho más cuando en aquella conversación está el índice de toda la labor terminada y comenzada, inédita hasta ahora. ¿Tengo de aquella conversación? Su abogado. ¿Su abogado? Sí. Porque Federico García Lorca tenía por aquellos días un pliego muy curioso, que hasta ahora no ha transcrito al público.

«Tienen; por eso no lloran...»

He aquí las palabras de Federico: —No lo vas a creer, de puro absurda que es la cosa; pero es verdad. Hace poco me encontré sorprendido con la llegada de una citación judicial. Ya no podía sospechar de lo que se trataba, porque, aun cuando le daba vueltas a la memoria, no encontraba explicación a la llamada. Fui al Juzgado. ¿Sabes lo que me dijeron allí? Pues nada más que esto: que un señor de Tarragona, al que, por cierto, no conozco, se había querrelado por mi romance de la Guardia Civil española, publicado hace ya más de diez años en el *Romancero gitano*. El hombre, por lo visto, había sentido de pronto unos afanes reivindicatorios, dormidos durante tanto tiempo, y pedía poco menos que mi cabeza. Yo, claro, expliqué al fiscal minuciosamente cuál era el propósito de mi romance, mi concepto de la Guardia Civil, de la poesía, de las imágenes, del surrealismo, de la literatura y de no sé cuántas cosas más.

—¿Y el fiscal? —Era muy inteligente, y, como es natural, se dio por satisfecho. El bravo defensor de la Benemérita se ha quedado sin lograr su propósito de procesarme.

Esos lectores que echan baba...

—Tengo inéditos—nos dijo Federico—seis libros de versos, y todo mi teatro sin publicar. He recibido cartas de todos los editores de España proponiéndome la publicación de *Yerma* y otras obras mías; pero soy tan perezoso, que lo voy dejando de un día para otro sin decidirme a abordar la tarea.

—¿Títulos de esos libros? —*Poeta en Nueva York*. Está terminado desde hace mucho tiempo. En multitud de sitios he leído fragmentos de él. Tendrá trescientas páginas, o algunas más. Será un tomo con el que se podrá matar a una persona tirándole a la cabeza. Ya está puesto a máquina, y creo que dentro de pocos días lo entregará. Llevará ilustraciones fotográficas y cinematográficas. Esos lectores que echan baba lajiriosos sobre *La casada infiel* porque sólo han visto en mi romance la sensualidad, se encontrarán defraudados con *Poeta en Nueva York*, que es un libro sobrio, en el que la parte social tiene una gran importancia.

Volúmenes de poesía

—¿Cuántos libros más tienes terminados? —De poesía, cinco. Los libros de poesía se van haciendo siempre lentamente. El *Romancero gitano* tardó cinco años en publicarse. Además, yo escribo, no cuando quiero, sino cuando debo escribir. A veces, en los momentos más insospichados. Mientras se escribía *Doña Rosita o el lenguaje de las flores* yo estaba tranquilamente en mi cuarto del hotel terminando un libro de sonetos. Los títulos de esos cinco libros son: *Tierra y luna*, *Diada del Tamarit*, *Odas*, *Poesías en prosa*, y *Suaves*, un libro que he trabajado mucho, y con gran amor, sobre temas antiguos.

La revolución, el canto y el incesto, temas de teatro

—Y de teatro, ¿qué tienes terminado o en preparación? —¿Terminado? Un drama social, aún sin título, con intervención del público de la sala y de la calle, donde está una revolución y asaltan el teatro. Una comedia andaluza, de la vega granadina, con *cañadros*—equivocado, no una comedia flamenca al uso—y un drama que se titula *La sangre no tiene voz*. Esta última obra tiene por tema un caso de incesto. Y por si al saberlo se asustan los tartufos, bueno será advertirles que el tema tiene un ilustre abuelo en nuestra literatura desde que Tirso de Molina le eligió para una de sus magníficas producciones.

He aquí, reflejada fielmente, con las propias palabras del gran poeta, parte de aquella conversación. En ella queda un índice completo de la labor que ha dejado inédita García Lorca. ¿No cree el Ministerio de Instrucción Pública que sería conveniente hacer las gestiones oportunas para que esas obras, si quedaron en Madrid, sean conocidas de todos los españoles?

—No parece éste el mejor homenaje que se podía rendir al noy de Mariamita Pinosa, víctima, como ella, de su amor a la Libertad.

A. O. S.



García Lorca, con Lola Membrives, admirable intérprete de «Bodas de sangre»

Los bastidores de la guerra. Cómo durante la lucha mundial se crearon y lanzaron noticias falsas para desorientar al enemigo

Un laboratorio de mentiras

ANTE la amana de guerra que sobre Europa palpita, surgen en el recuerdo de todas aquellas jornadas de la lucha vivida por Europa hace veinte años. Por un lado, batallas, ruinas de ciudades, campos de lucha. Por otro, intriga, espionaje, toda esa labor callada de los bastidores de las guerras.

La historia de la guerra es conocida a través de sus hechos exteriores. Pero su parte íntima ha quedado penumbra, apenas conocida para muchos que sólo recuerdan de la gran lucha sus batallas, sus generales, sus ríos ensangrentados y sus ciudades heroicas.

Entre esa parte menos conocida del gran público está la formidable labor de espionaje que todas las potencias llevan a cabo. Y entre esa labor, la del «Intelligence Services» de Inglaterra. Su organización, compleja y extensísima, logró triunfos magníficos.

No sólo era la busca de noticias ciertas, que pudieran ser útiles a las fuerzas combatientes, sino la difusión de noticias falsas que al ser conocidas por el enemigo pudieran desorientar en cuanto a los verdaderos propósitos.

Los directores del «Intelligence Services» nunca dejaron de comprender el aprovechamiento que se puede obtener de informes erróneos, difundidos rápidamente por su poderosa organización y transmitidos al mundo entero para inducir al error al adversario y desbaratar sus proyectos.

En su edificio de Downing Street, el «Intelligence Services» tenía una oficina de informes tendenciosos, verdadero laboratorio de noticias falsas; cuyo vasto campo de acción se extendía a todos los órdenes: político, militar, comercial o financiero. Muchos rumores fantásticos, difundidos durante la guerra por gentes de buena fe, tuvieron su origen en esta extraña oficina, donde la mentira se cultivaba con un arte consumado y con una diabólica perversidad.

La noticia de un desembarco inglés en Alemania

Al comenzar la lucha, en el otoño de 1914, el «Intelligence Services» decidió despertar al Estado Mayor alemán sobre los verdaderos propósitos de Inglaterra. Es éste, quizá, el ejemplo más típico de la falta de noticia militar, que provoca, en el campo enemigo importantes movimientos de tropas y desvia, hacia un sentido determinado, ciertas concentraciones que deseaba evitar.

Gracias a sus agentes, los jefes de la poderosa organización del espionaje inglés hicieron circular por entonces en Alemania la noticia—sin fundamento—de que la flota británica se disponía a desembarcar secretamente en la costa alemana varias divisiones, retiradas previamente, para esta maniobra, de frente francés.

Sin embargo, para preocupar al Estado Mayor alemán no bastaba con hacerle llegar un informe tan fantástico; era necesario, además, probarle que el Gobierno inglés había dado comienzo a sus preparativos para la invasión de Hannover.

El «Intelligence Services» organizó entonces una magnífica farsa. Se confeccionaron órdenes falsas, debidamente firmadas por el general en jefe; se reunieron en el puerto de Douvres numerosos navíos para el transporte de tropas imaginarias. Y se dio a la gran flota la orden de efectuar determinadas maniobras de reconocimiento, bastante significativas.

Ante todos estos documentos y estas pruebas, los alemanes se dispusieron a la defensa. Presurosamente prepararon trincheras y fortificaciones en distintos sitios del litoral. Reforzaron las defensas de sus costas, y hasta emplearon, en los puntos más débiles de ellas, numerosas piezas de artillería de gran alcance, desembarcadas de los buques de guerra. A la nueva zona de operaciones se destinaron también numerosos contingentes de tropas, para lo cual hubo que desorganizar algunos frentes. Esto permitió a los aliados realizar ciertos movimientos que sin aquella superchería no hubiesen podido realizar.

Los rusos, en Inglaterra

Esta noticia de la invasión de Alemania por mar se completó y mejoró aún por la organización del «Intelligence Services». Los jefes del espionaje inglés hicieron de manera visible, en Diciembre de 1914, grandes preparativos para organizar a través de Inglaterra el transporte de un ejército ruso, cuya próxima llegada a Escocia se había anunciado. Llegó la farsa hasta el punto de requisar alojamientos y de disfrazar de cosacos a algunos agentes, que figuraban ser la avanzada de las tropas en viaje.

El anuncio de la llegada de los soldados rusos recorrió el país como un reguero de pólvora. La noticia se propagaba con toda suerte de detalles. Por un frecuente caso de sugestión colectiva, había personas que habían visto ya a los cosacos y que informaban minuciosamente del número de las fuerzas expedicionarias, sobre su composición y su armamento.

Llegó a extenderse tanto la noticia, que se dio el caso de que una muchacha se fugó de casa de sus padres, y al regresar, tras algunos días de ausencia, declaró que había sido seducida por un oficial del ejército del zar. Fue llevado el asunto a los Tribunales por los padres, y, naturalmente, se pudo probar que el seductor ruso sólo había existido en la ardiente imaginación de la muchacha...

Despistar, desorientar...

Durante muchísimo tiempo se estuvo esperando a las tropas rusas que habían de unirse a las inglesas para realizar conjuntamente un desembarco en Alemania. En 1916, el «Intelligence Services» lanzó la noticia de que los transportes rusos habían salido ya de Arkangel, y que la escuadra inglesa se disponía a salir a su encuentro. Agentes de la organización fueron enviados al puerto de Plymouth para difundir la nueva noticia, que pronto corrió por todos los buques ingleses de guerra y halló un eco de impaciencia y de júbilo en los marinos. La ciudad entera lo sabía. Y la fuente no podía tener mejor crédito, puesto que los propios marinos anunciaban sus propósitos de marcha para reunirse con los barcos rusos.

Como era lógico, los espías de Alemania en Inglaterra no podían dejar de transmitir a sus jefes un informe de tal importancia. Y lo hicieron. El Estado Mayor alemán, desconcertado por noticias que llegaban con tal suerte de detalles, ordenó las más severas medidas de precaución en el mar del Norte. Hubo concentraciones de buques y movimientos de tropas. Según los informes recibidos, los ingleses, para llevar a cabo su anunciado desembarco en Hannover, esperarían la llegada de esos refuerzos rusos, a cuyo encuentro se disponía a marchar la flota de Plymouth. Alemania tenía que estar vigilante y distraer atención, fuerza y material de otras zonas.

El efecto de despistar, de desorientar, perseguido por el «Intelligence Services», estaba plenamente conseguido.

«TIENEN; POR ESO NO LLORAN...»

He aquí las palabras de Federico:

—No lo vas a creer, de puro absurda que es la cosa; pero es verdad. Hace poco me encontré sorprendido con la llegada de una citación judicial. Yo no podía sospechar de lo que se trataba, porque, aun cuando le daba vueltas a la memoria, no encontraba explicación a la llamada. Fui al Juzgado. ¿Y sabes lo que me dijeron allí? Pues nada más que esto: que un señor de Tarragona, al que, por cierto, no conozco, se había querrelado por mi romance de la Guardia Civil española, publicado hace ya más de diez años en el *Romancero gitano*. El hombre, por lo visto, había sentido de pronto unos afanes reivindicatorios, dormidos durante tanto tiempo, y pedía poco menos que mi cabeza. Yo, claro, expliqué al fiscal minuciosamente cuál era el propósito de mi romance, mi concepto de la Guardia Civil, de la poesía, de las imágenes, del surrealismo, de la literatura y de no sé cuántas cosas más.

—¿Y el fiscal?

—Era muy inteligente, y, como es natural, se dio por satisfecho. El bravo defensor de la Benemérita se ha quedado sin lograr su propósito de procesarme.

ESOS LECTORES QUE ECHAN BABA...

—Tengo inéditos —nos dijo Federico— seis libros de versos, y todo mi teatro sin publicar. He recibido cartas de todos los editores de España proponiéndome la publicación de *Yerma* y otras obras mías; pero soy tan perezoso, que lo voy dejando de un día para otro sin decidirme a abordar la tarea.

—¿Títulos de esos libros?

—*Poeta en Nueva York*. Está terminado desde hace mucho tiempo. En multitud de sitios he leído fragmentos de él. Tendrá trescientas páginas, o algunas más. Será un tomo con el que se podrá matar a una persona tirándole a la cabeza. Ya está puesto a máquina, y creo que dentro de pocos días lo entregaré. Llevará ilustraciones fotográficas y cinematográficas. Esos lectores que echan baba

lujuriosos sobre *La casada infiel* porque sólo han visto en mi romance la sensualidad, se encontrarán defraudados con *Poeta en Nueva York*, que es un libro sobrio, en el que la parte social tiene una gran importancia.



VOLÚMENES DE POESÍA

—¿Cuántos libros más tienes terminados?

—De poesía, cinco. Los libros de poesía se van haciendo siempre lentamente. *El Romancero gitano* tardó cinco años en publicarse. Además, yo escribo, no cuando quiero, sino cuando debo escribir. A veces, en los momentos más insospechados. Mientras se estrenaba *Doña Rosita o el lenguaje de las flores* yo estaba tranquilamente en mi cuarto del hotel terminando un libro de sonetos. Los títulos de esos cinco libros son: *Tierra y luna. Diván del Tamarit. Odas. Poemas en prosa. Y Suites*, un libro que he trabajado mucho, y con gran amor, sobre temas antiguos.

LA REVOLUCIÓN, EL CANTE Y EL INCESTO, TEMAS DE TEATRO

—Y de teatro, ¿qué tienes terminado o en preparación?

—¿Terminado? Un drama social, aún sin título, con intervención del público de la sala y de la calle, donde estalla una revolución y asaltan el teatro. Una comedia andaluza, de la vega granadina, con cantaores —¡cuidado!, no una comedia flamenca al uso— y un drama que se titula *La sangre no tiene voz*. Esta última obra tiene por tema un caso de incesto. Y por si al saberlo se asustan los tartufos, bueno será advertirles que el tema tiene un ilustre abuelo en nuestra literatura desde que Tirso de Molina lo eligió para una de sus magníficas producciones.

He aquí, reflejada fielmente, con las propias palabras del gran poeta, parte de aquella conversación. En ella queda un índice completo de la labor que ha dejado inédita García Lorca. ¿No cree el Ministerio de Instrucción Pública que sería conveniente hacer las gestiones oportunas para que esas obras, si quedaron en Madrid, sean conocidas de todos los españoles?

Nos parece éste el mejor homenaje que se podía rendir al novio de Marianita Pineda, víctima, como ella, de su amor a la Libertad. □

Sobre Antonio Otero

“Antonio Otero Seco, español, liberal, republicano, nacido en 1905, fue poeta, periodista y crítico literario, exiliado en 1947, enseñó español desde 1952 en esta Universidad y murió en 1970 de nostalgia y lejanía”.

Así reza una placa conmemorativa en la biblioteca de la sección de español de la Universidad francesa de Rennes.

El pacense, afortunadamente, no es hoy un personaje olvidado. Sus dos hijos, sobre todo, se encargaron de que la memoria de su vida y su obra volvieran a relucir tras los años de *entierro* franquista de una época brillante de España. Otero, licenciado en derecho y filosofía y letras, optó por el periodismo cultural. Escribió en *El Sol, La voz, Estampa, Diario de Madrid* o *Heraldo de Madrid* y, ya en el exilio, sobresalió en los franceses *Le Monde* y *Temps Modernes*.

Conocido y admirado tanto por sus críticas literarias como por su propia escritura; defendió a la República española y condenado a muerte tras la victoria de los sediciosos. Pasó por diferentes cárceles, consiguió una libertad atenuada en 1942, aunque sería detenido en varias ocasiones, hasta huir a Francia en el año 1947.

De él son estas palabras escritas tras llegar a París a su amigo el antropólogo Antonio Piñero:

Sigo haciendo de la honestidad el mismo culto de siempre. Sigo siendo fiel a mí mismo. Sigo en guerra constante con el pecado, entendiéndolo por pecado lo que todo hombre honesto debe entender. Sigo oyendo eso que Ortega y Gasset llamó el fondo insobornable de la conciencia. Sigo braceando en este mar embravecido de nuestro tiempo. Sigo agarrado al timón de la nave de la decencia. Sigo siendo un tío celtíbero y orgulloso, con un penacho de dignidad como de aquí a los luceros. Y, naturalmente, sigo siendo pobre, un poco solitario y un bicho raro. Mi pobreza no bordea jamás —afortunadamente— el límite de la miseria; es simplemente una pobreza pastueña, domesticada, capaz de formar en esa tremenda guerrilla de palabras que constituyen el celtibérico —y subconsciente!— refrán español de “pobre pero honrado. Mi soledad es la mejor de las soledades porque cada día me encuentro más acompañado, a medida que voy encontrándome a mí mismo. Y mi calidad de bicho raro empieza a obligar a mucha gente a hablar de mí bajando la voz con espero y ¡pásmate! hasta para ponerme como ejemplo de conducta

